

Bajo el ciruelo

Domingo veinticinco de diciembre.
Se nos acaba el siglo.
Qué hago aquí bajo el morado
follaje del alto ciruelo que se inclina
cabeceando como un viejo
filtrando el sol que enciende
un suave rosa antiguo en sus hojitas nuevas
y un verde jubiloso salpicado
por todo el tierno césped.
Más alto y luminoso que el ciruelo
sin una sola nube el amplio cielo
con su pequeña luna en el creciente
como pintada en tiza junto a una
chimenea tiznada de hollín.
Cómo llegué hasta aquí.
Mi pie desnudo roza
acaso por error el paraíso.
El pasto recién cortado y húmedo.
Miro la luna inmóvil,
colgada en el azul que empalidece
vertiginosa y quieta y el silencio
de la tarde ocultando sus rumores.
Un incesante crepitar sugiere
la caída del agua en una fuente
pero son las semillas de la hiedra en el muro
que se secan y caen sobre la tierra ardiente.
Y sigue estando allí la misma luna
blanca y fugaz cual una
pequeña mancha de tiza
que traza jugando un niño ciego.
No se ha movido y los minutos pasan.
Falsa imagen de calma y verdadera
ilusión de armonía en esta tarde
dominical vacía y plena
donde sólo disuena mi cerebro
que zumba y se pregunta cómo
cómo llegué a este claro
armonioso jardín. Cincuenta años hace
tiemblo al pensarlo

